

Fabio Delizzos

LA CATEDRAL DEL
ANTICRISTO

algaida
INTEI

Título original: *La cattedrale dell'Anticristo*

Primera edición: 2014

© 2011 Newton Compton editori s.r.l.
© traducción: Bernardo Moreno Carrillo, 2014
© Algaida Editores, 2014
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: REGA
ISBN: 978-84-9067-124-5
Depósito legal: SE. 1525-2014
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	15
---------------	----

PRIMERA PARTE

Capítulo 1	21
Capítulo 2	25
Capítulo 3	29
Capítulo 4	33
Capítulo 5	41
Capítulo 6	43
Capítulo 7	53
Capítulo 8	61
Capítulo 9	67
Capítulo 10	77
Capítulo 11	83
Capítulo 12	91
Capítulo 13	95
Capítulo 14	99
Capítulo 15	103
Capítulo 16	107
Capítulo 17	117
Capítulo 18	123
Capítulo 19	127

Capítulo 20	137
Capítulo 21	145
Capítulo 22	155
Capítulo 23	157
Capítulo 24	163
Capítulo 25	169
Capítulo 26	171
Capítulo 27	177
Capítulo 28	187
Capítulo 29	191
Capítulo 30	195
Capítulo 31	211
Capítulo 32	213
Capítulo 33	217
Capítulo 34	221
Capítulo 35	231

SEGUNDA PARTE

Capítulo 36	237
Capítulo 37	243
Capítulo 38	247
Capítulo 39	257
Capítulo 40	269
Capítulo 41	275
Capítulo 42	287
Capítulo 43	289
Capítulo 44	293
Capítulo 45	297

Capítulo 46	307
Capítulo 47	315
Capítulo 48	319
Capítulo 49	325
Capítulo 50	329
Capítulo 51	341
Capítulo 52	347
Capítulo 53	355
Capítulo 54	359
Capítulo 55	363
Capítulo 56	367
Capítulo 57	373
Capítulo 58	379
Capítulo 59	385
Capítulo 60	393
Capítulo 61	399
Capítulo 62	401
Capítulo 63	409
Capítulo 64	415
Capítulo 65	421
Capítulo 66	427
Capítulo 67	431
Capítulo 68	439
Capítulo 69	447
Capítulo 70	453
EPÍLOGO	457
NOTA DE AGRADECIMIENTO	461

Para Rosa

Muchas cosas aquí narradas no ocurrieron nunca; otras, sí, y otras deben ocurrir todavía.

PRÓLOGO

Turín, diciembre de 1888

EN PIAZZA CASTELLO APARECE LA SUAVE AURA DE LAS farolas de gas: una corona de luz tenue, que por momentos se encoge y desaparece, engullida por la blancura intermitente de los rayos.

Los perros salen disparados, asustados por el redoble de los truenos.

La lluvia chisporrotea sobre los techos de los carruajes, que pasan veloces mientras el viento canta sobre las notas amortiguadas de las orquestillas encerradas en los cafés.

Adiós, otoño.

—¿Qué le sirvo esta noche, *Herr Professor*?

El cliente reflexionó unos instantes mientras movía los ojos como si quisiera repasar el menú en el pensamiento; después, con su seco acento alemán, respondió simplemente que tenía más apetito que de costumbre.

—Hay raviolis de carne recién hechos —sugirió el joven camarero, con una cabellera vaporosa y unas patillas que le bajaban por los carrillos.

—Me parecen muy bien los raviolis.

—Se los traigo enseguida. —Alisó el mantel con la palma de la mano vestida de blanco y depositó una ejemplar intonso de la *Gazzetta Piemontese*.

—¡Prospero!

—Sí, profesor.

—Sabes que el periódico me aburre. ¿No tienes ninguna historia que contarme?

El muchacho le hizo señas para que esperara un poco. Transmitió el pedido a la cocina y volvió enseguida. Lanzó un vistazo dentro para asegurarse de que el amo no lo estaba observando, extrajo un pequeño cuaderno del bolsillo y se puso a hojearlo.

—No —dijo pasando la primera página—. No —deslizó el dedo sobre la segunda y pasó directamente a la última página escrita—. Esta historia se la he oído a un tipo que estuvo sentado precisamente en esta mesa. Estoy seguro de que le va a gustar.

—Oigámosla, pues —convino el profesor, preparándose para oír con la expresión jubilosa que en realidad tenía reservada para cuando llegaran los raviolis.

—«Todas las noches, el sacerdote...», empezó a leer el joven camarero, con un ojo en su interlocutor para comprobar la reacción.

—¿El sacerdote? —exclamó el profesor alemán, saboreando anticipadamente la continuación.

El muchacho sonrió y volvió a dirigir la mirada al cuaderno.

El sacerdote aparece todos los días al anochecer, la cara blanca y lisa como mantequilla, con su sempiterna expresión radiante y feliz, enmarcado por las ventanas verdes de su balcón, y, con una mano levantada y la otra en su hábito negro a la altura del pecho, sobre la cruz, prorrumpe: «¡Dios, yo te maldigo!». Un grito potente, furibundo. El aire atruena. Los gatos salen disparados a esconderse debajo de las calesas. Una nube oscura de palomas se eleva sobre el patio y se esparce sobre los tejados, dejando caer una lluvia de plumas, mientras el alzacuello blanco del sacerdote ahoga una poderosa voz de tenor. «¿Me oyes, Creador del universo? ¡Yo te maldigo!». Feroz, fragoroso, todas las venas hinchadas. Un alud de improperios lanzado contra algo que un sacerdote debería adorar más bien.

El profesor rio a gusto.

—¿Estás seguro de que no te lo estás inventando?

—Completamente seguro, *Herr Professor*. Como le he dicho, lo he oído contar en esta mesa, y he tomado la debida nota.

—Prosigue, entonces.

El muchacho siguió leyendo:

Me consta haber llevado una cuenta bastante exacta de sus apariciones; he anotado todas a las que he tenido ocasión de asistir, con sus horarios correspondientes. De lo que he deducido que el sacerdote endemoniado no se rinde nunca antes de pasada una hora. Después, entra en la casa. Y nadie sabe cómo ni por qué se le permite vivir allí, a pesar de su afición a la blasfemia. Sentado en el escritorio, lo oigo todas las tardes vomitar con todas sus fuerzas una lava de odio furioso contra el más allá; un más allá al

que, de vez en cuando, hasta yo mismo me sorprendo dando las gracias por haber permitido la existencia de semejante musa en mi patio. El sacerdote escenifica enfurecido la más feroz de las rebeliones contra el abismo. Grita desde la nada, pasando de una profunda concentración —o de una mirada ausente— a la fuga en menos de un segundo. Las escasas ocasiones en que interrumpe su letanía de blasfemias es porque o bien él, o alguien dentro de él, decide dedicarse a monólogos delirantes pero no por ello carentes de fascinación.

El camarero sabía que a aquel cliente, el profesor Friedrich Nietzsche, no le iba a desagradar tanta blasfemia, pero no había esperado que iba a ser aplaudido.

—¡Felicidades! —profirió aplaudiendo—. ¡Excelente! Esta idea de ir robando historias por las mesas es realmente magnífica. Deberías reunirlo todo en un volumen, o incluso componer una novela con todo ello.

El muchacho se inclinó como un actor en el escenario.

—¿Está seguro?

—¡Segurísimo, muchacho!

—Es un honor.

—Y ahora... —el profesor Nietzsche se atusó su gran mostacho bigote y dejó de reír—, tráeme esos raviolis.

PRIMERA PARTE

1

Lunes, 17 de diciembre de 1888

EL MANSO FLUIR DEL DORA, QUE EN AQUEL PUNTO SE deslizaba entre dos orillas de arena gris, parecía haberse interrumpido de repente. Nadie oía ya el leve chapoteo de las aguas, el perpetuo borboteo de la corriente.

El río parecía haber desaparecido.

La atención de todos estaba concentrada en un pequeño bulto blanco, del que sobresalía la cabeza de un recién nacido; tenía la cara contraída de dolor. Parecía aún presa de una pesadilla espantosa.

Como si se tratara de una cuna, las miradas incrédulas de los *carabinieri* estaban clavadas en la criatura que acababan de encontrar; sus ojos atónitos desprendían destellos de angustia.

—Levántalo —ordenó el coronel Pural al teniente Coretti, el cual se arrodilló, deslizó delicadamente los brazos por debajo del cuerpecito y lo levantó, dejando en el suelo la sábana que lo envolvía.

El médico forense, doctor Ugo Rossini, lo examinó con detenimiento.

—Presenta numerosas quemaduras en la espalda. Levántelo más, por favor.

El teniente obedeció.

—Aquí hay signos evidentes... —Agarró con dos dedos un bracito y lo giró para verlo por todas partes—. Estas huellas... —Después examinó el cuello—. Estos signos... —Y así siguió un buen rato, murmurando pensativo, incierto, explorando cada milímetro de piel del bebé, un varón, desnudo e inmóvil entre las manos de Coretti.

—Signos, huellas..., pero ¿de qué? —preguntó bruscamente el coronel Pural con el rostro sombrío y unos ojos recorridos por varios hilillos de sangre.

El doctor Rossini se lo llevó aparte y dijo entre suspiros:

—El pobrecito ha muerto como consecuencia de unas torturas horribles.

—Intenta ser más claro.

—Presenta quemaduras por todo el cuerpo, especialmente en la espalda y en la parte posterior de las piernas. En los brazos hay marcas de manos adultas, que le han producido numerosas fracturas.

Pural miró las articulaciones del niño, que se balanceaban de manera antinatural, para confirmar lo que le estaba diciendo Rossini.

—Lo han debido apretar con mucha fuerza.

—¿Podrías determinar la hora y causa de la muerte?

—En cuanto termine la autopsia...

Pural lo interrumpió para volver a preguntarle:

—De lo que acabas de ver, ¿puedes sacar ya alguna conclusión?

—El médico dirigió la mirada hacia el pequeño cadáver y se puso a meditar; era evidente que le costaba trabajo dar una respuesta racional.

—Se diría que unos adultos han estado torturándolo antes de intentar asarlo. Tiene el pelo completamente quemado, también en la parte frontal del cráneo. La parte posterior es la que aparece más quemada. —Se llevó una mano a la barbilla y sacudió la cabeza—. No puedo afirmar nada con seguridad. En mi vida había visto nada parecido. Una cosa es cierta: no se trata de un accidente. Si un niño así de pequeño cae en el fuego, se queda ahí hasta carbonizarse. Además, las marcas lívidas, las numerosas fracturas... Sinceramente, no sé qué decir.

En aquel instante, proveniente del río, por entre los ramajos que se plegaban sobre el agua, se oyó un grito sofocado.

—¡Coronel, coronel!

Pural se volvió y se dirigió corriendo hacia la orilla hendiendo la niebla baja que se le arremolinaba alrededor de los tobillos.

—¿De qué se trata? —gritó.

—¡Otro más! —le respondió desde una barca rastreadora un *carabiniere* agitando un remo para señalar la posición exacta.

A Pural se le heló la sangre en las venas.

—¿Puedes cogerlo?

—Creo que sí, coronel.

De repente, el cielo, como para impedir el hallazgo de un segundo bebé muerto, de una segunda vergüenza, de una segunda afrenta a la eficacia de Pural, o al menos para

hacerlo más difícil como castigo, se nubló por completo, al tiempo que se levantaba un viento lleno de polvo, y el sol declinante, ya parcialmente engullido por el horizonte, quedaba velado por un enorme párpado plúmbeo.

El primer trueno se oyó tan cerca que hizo que todas las miradas se elevaran al cielo.

Una gota le cayó en la frente.

Otra en los labios.

Otra en un ojo, que se cerró de repente.

Una ráfaga de viento y una cascada de gotas, cual perlas desprendidas desde un collar roto.

El temporal arreció.

Subiendo, sin ayudarse de las manos, por el follaje viscoso, Coretti, con el cuerpo del bebé aún en los brazos, fue corriendo a ponerlo al abrigo hasta el carruaje que había acudido desde la morgue.

Se acercaba la navidad, y el teniente Coretti, que era un católico ferviente hasta la ostentación, posó sobre el asiento de madera el cuerpecito envuelto en la sábana arrugada, tristemente inmóvil y entumecido en la oscuridad de aquella especie de gruta que era el habitáculo del vehículo, y vio un pesebre de muerte.

2

LAS NUBES BAILABAN EN LO ALTO DE LA MOLE ANTONELLIANA, la edificación más alta del mundo. Debajo, los rayos temblaban en la niebla cual ascuas debajo de la ceniza. Una sombra deforme se deslizaba rápida sobre los muros.

El espectro de un hombre vestido con una ajustada capa negra, la cara casi completamente cubierta por una bufanda, la cabeza baja y cubierta por una chistera, avanzaba deprisa pero se detenía a menudo, amenazando con caerse a cada paso en la calle mojada. Se confundía con la oscuridad húmeda, fragmentada aquí y allí por las manchas de luz amarilla que bajaban del alumbrado urbano.

Al final de la calle, dos pequeños cubos luminosos, oscilantes, se volvían cada vez más grandes. Tras calcular con fatiga, el hombre dedujo que se trataba de unos faroles que se dirigían hacia él. Supuso que se trataba de dos guardias urbanos. Tenía unas ganas enormes de vomitar, de arrancarse la cabeza para que le cesara el dolor. Vaciló. Impactó con el hombro en la pared, llevándose ipso facto

varios trozos de cal desprendida. Haciendo un esfuerzo extremo, consiguió enderezar la espalda. Se apartó de la boca la bufanda negra y tomó aire; unas respiraciones muy pequeñas, precursoras infalibles de la muerte. Escupió al suelo y miró hacia delante. Los cubos amarillos tenían ahora un color más intenso; casi se podía distinguir la llama en su interior. Le quedaba una esperanza: que no fueran guardias. Pero las lágrimas densas que le inundaban los ojos le nublaron la imagen. Tambaleándose, fue a dar a la otra parte: unos desconchones se despegaron de la pared como —y junto a— las salpicaduras de vómito que le salían de la boca, por debajo de la bufanda. Tenía los labios lívidos, la lengua mojada de saliva fría y salada. El estómago le ardía, le oprimía.

Los faroles seguían acercándose a ritmo lento, cansino: dos hombres con botas. Sí, eran guardias urbanos.

Su respiración se volvió más entrecortada todavía. Las piernas ya no obedecían a su mandato de caminar; cedían con cada paso. Casi rozaba el suelo con las rodillas; a ese paso, tendría que andar a gatas para conseguir avanzar un poco. Tropezó. Unos resplandores débiles se encendieron en su conciencia, unas conexiones exhaustas del pensamiento; se dio cuenta de que iba a caer de bruces; o tal vez no: tal vez iba a caer de lado y a desplomarse junto a la pared en aquella parte más oscura de la calle. Tal vez con un poco de suerte iba a terminar en aquella parte de la pared más oscura, un rectángulo negro que parecía una puerta, antes de la siguiente farola.

Eso esperaba, pues si superaba aquella farola sería el final.

En aquel momento, lo único que importaba era impedir que un haz de luz lo revelara a los guardias. Habrían encontrado un cuerpo sin vida y, al acercarse más, habrían visto.

Hizo un último esfuerzo. Se dejó caer con todo su peso; se le entrelazaron los pies, pero consiguió dar dos pasos más... laterales, por suerte. Bajo la bufanda llena de espuma amarillenta que le subía del estómago afloró una débil sonrisa: se desplomaría en medio de la sombra. Una vez en el suelo, los guardias lo confundirían con un vagabundo o un borracho y tal vez pasarían de largo.

Se estaba cayendo, consciente de que ya no volvería a levantarse.

Caía, y al chocar su cuerpo contra el muro, siguió cayendo. Y siguió cayendo también con la pared a sus espaldas; consiguió adelantar un pie y prolongar así la caída unos metros. Ahora veía la realidad invertida con respecto a unos segundos antes. En lugar de una pared clara con un rectángulo oscuro en el centro, veía una pared negra con un rectángulo luminoso. Se percató: estaba viendo un segmento de callejón iluminado por las farolas. Había entrado en un porche sin luz.

Cayó golpeándose la cabeza y vomitando materia luminiscente. El sombrero cayó rodando. Con un último esfuerzo, se apoyó en un codo y miró hacia la calle. Dos guardias urbanos empuñando sendos faroles atravesaron riendo el rectángulo luminoso. No se volvieron. No se habían dado cuenta de nada. Le pareció una fotografía animada.

La imagen se difuminó antes de desvanecerse.